

El mundo tras la tormenta: como un caracol dentro de su concha...

Emilio Lamo de Espinosa



El mundo tras la tormenta: como un caracol dentro de su concha...

Emilio Lamo de Espinosa | Catedrático emérito de Sociología (UCM) y presidente del Real Instituto Elcano | @PresidenteRIE 

Índice

| | |
|--|----|
| (1) Un comentario inicial: desprevenidos pero avisados | 3 |
| (2) Solidaridad global frente a vulnerabilidad | 5 |
| (3) Como un caracol en su concha: la familia y el Estado | 6 |
| (4) Con cuatro consecuencias en el medio plazo | 9 |
| (4.1) Crisis económica | 10 |
| (4.2) Digitalización | 10 |
| (4.3) Desglobalización limitada..... | 11 |
| (4.4) Desigualdad y pobreza | 14 |
| (5) Y una poderosa aceleración geopolítica | 16 |

A finales del año 2019 apareció en Wuhan, una inmensa ciudad china hasta entonces casi desconocida en Europa (pero de más de 10 millones de habitantes y donde se habían instalado 300 de las mayores empresas del mundo), un nuevo virus de la familia de los coronavirus, bautizado como COVID-19, que pronto se extendió por toda China, después por Asia, y llegó a Europa a comienzos de 2020, para saltar posteriormente a América y África. Cuando escribo estas líneas no ha terminado su expansión futura, que dependerá de dos variables: encontrar medicación adecuada y/o la vacuna, que pueden retrasarse meses.

Nada nuevo. Ha habido muchas zoonosis en el pasado, y habrá otras en el futuro.

En todo caso, un millón y medio de muertes sobre unos 7.000 millones de habitantes del planeta. Para poder comparar, la gripe española de 1918 causó unas 50 millones de muertes y anualmente mueren en el mundo más de 17 millones de personas por enfermedades cardiovasculares, 9 millones de cáncer, casi 4 millones de enfermedades respiratorias y 1,5 millones a causa de accidentes de tráfico.

Este documento de trabajo trata de abordar, primero, un análisis transversal de los efectos de la pandemia –un análisis institucional–, antes de intentar territorializar esos efectos en un análisis geopolítico, todo ello desde la perspectiva de las consecuencias y enseñanzas de la pandemia.

(1) Un comentario inicial: desprevenidos pero avisados

Para comenzar hay que destacar que se trata de una experiencia nueva que el mundo no había sufrido desde la gran gripe llamada “española”, experiencia que ha succionado sociedad tras sociedad como un agujero negro, y que no sabemos bien ni cuándo nos liberará ni en qué condiciones lo hará. Miles de millones de personas encerradas en sus casas, calles vacías, universidades, escuelas, teatros, calles y aeropuertos desérticos, como en una pesadilla distópica. Una catástrofe sanitaria que ha obligado a un confinamiento y paralización total durante semanas (la “Gran Pausa”) y que trae consigo una crisis económica global nunca vista, con caídas del PIB superiores al 10%, que sin duda será seguida después por otra crisis social e, inevitablemente, política, de un alcance actualmente difícil de prever. Condiciones, pues, en las que es no ya difícil, sino inútil, hacer previsiones de futuro y menos un pronóstico o una terapia; *incertidumbre radical o incertidumbre “knightiana”* (identificada en 1921 por Frank H. Knight)¹ la llaman los economistas.

Pero es importante señalar que en absoluto se trata de un evento inesperado. Al contrario, y por ello, Nassim Taleb considera que el COVID-19 no es un cisne negro, porque era previsible.² Epidemiólogos y expertos en sanidad pública, organismos internacionales como la OMS, *think tanks* y analistas de la globalización, y todas las estrategias de seguridad nacional de los países, advertían de la *pandemia como un riesgo sistémico global*, a la par con el cambio climático. Así, por ejemplo, la española Estrategia de Seguridad Nacional (de 2017) señalaba entre los desafíos a tratar “la inestabilidad económica, la vulnerabilidad energética, los movimientos migratorios, las emergencias y catástrofes, las epidemias y pandemias y el cambio climático”. Y añadía acertadamente:

“España, un país que recibe más de 75 millones de turistas al año, con puertos y aeropuertos que se cuentan entre los de mayor tráfico del mundo, un clima que favorece cada vez más la extensión de vectores de enfermedades, con una población envejecida y una situación geopolítica polarizada, no está exenta de amenazas y desafíos asociadas a enfermedades infecciosas, tanto naturales como intencionadas.”

Como es evidente ahora, un análisis más que acertado y preciso. Y esta es la primera enseñanza de la pandemia del COVID-19: que se menosprecia a los expertos. Se sabía y se esperaba, pero no nos preparamos pues no planificamos, ni para el largo plazo (como el cambio climático) ni para lo poco probable (aunque seguro) como son como las zoonosis.³

Como ocurre con el cambio climático, se hace pues imprescindible generar, en el marco de la OMS, un sistema internacional de vigilancia y control más sensible que el actual,

¹ Frank H. Knight (1921), *Risk, Uncertainty and Profit*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York.

² “El cisne blanco del coronavirus era previsible”, entrevista a N. Taleb, en *Bloomberg*, 31/III/2020.

³ Ya en 2019, en el blog que mantenían Gary Becker y Richard Posner, se discutieron los riesgos y las consecuencias económicas de una posible pandemia global. Puede verse en <https://www.becker-posner-blog.com/2009/05/the-economics-of-the-flu-epidemic--posner.html>.

que disponga de un *stock* de material sanitario y/o de una red actualizada de proveedores que pueda activarse a corto plazo. La siguiente pandemia no debería coger desprevenida a la humanidad.

¿Qué consecuencias puede tener esta pandemia? A pesar de las enormes dificultades, debemos intentar otear el futuro (o al menos el presente) y algo sensato sí se puede decir. Y, como siempre, tenemos dos escuelas sobre las consecuencias de la pandemia.

Para algunos, nada será igual tras la pandemia (por ejemplo, J. Gray y H. Kissinger), que se percibe como un *game changer* radical. Otros, más escépticos o prudentes, aseguran que se trata más bien de un acelerador de tendencias ya existentes, un catalizador (por ejemplo, Richard Haas y Josep Borrell). Parece que las dos cosas al tiempo: un acelerador de tendencias ya existentes, pero que nos lleva a un mundo en buena parte nuevo. Es cierto que la historia tiene una fuerte dependencia de senda, y nadie puede librarse de la mochila de su pasado, ni los individuos ni las sociedades. Pero el cambio salta de la cantidad a la calidad, y la prolongación de la pandemia está haciendo aflorar escenarios nuevos por mucho que lleven décadas gestándose.

Y puede –es una hipótesis, sólo algo más que una conjetura– que a la larga los efectos de la pandemia sean mayores en el ámbito micro, de la vida cotidiana, que en el macro, en la vida de los Estados y los países. Pues efectivamente –como veremos– tanto el teletrabajo como la digitalización en general están cambiando hábitos y rutinas cotidianas, desde el modo de consumir o disfrutar del ocio a las culturas empresariales, los modos de hacer negocios o de relacionarse, los viajes y los transportes urbanos, las pautas residenciales, la educación en todos sus niveles e incluso en la mayor informalidad en el vestir. En qué medida estos nuevos hábitos persistirán cuando acabe la pandemia es hoy discutible, pero no parece irrazonable sospechar que muchos han llegado para quedarse, y se están arraigando con profundidad.

Pero nos interesa hoy más lo que está ocurriendo en el ámbito macro, y aquí la continuidad se manifiesta de entrada en que las consecuencias del COVID-19 se solapan sobre las consecuencias aun no resueltas de la Gran Recesión de 2008. Como ha escrito Roubini,

“Después de la crisis financiera de 2007-09, los desequilibrios y los riesgos que prevalecen en la economía mundial se vieron exacerbados por errores de política... los gobiernos en su mayoría patearon la lata en el futuro, creando importantes riesgos a la baja que hicieron inevitable otra crisis. Y ahora que ha llegado, los riesgos son cada vez más agudos.”⁴

Es decir, si esta crisis es tan determinante es porque, en realidad, no habíamos superado aún la anterior y, más en concreto, el alto endeudamiento que generó. Volveremos sobre esto, pero conviene no olvidar que esta crisis sanitaria viene a reforzar la crisis económica de 2008 de la que el mundo (al menos muchos países, y sin duda España) no se había recobrado aún.

⁴ Nouriel Roubini (2020), *The Coming Greater Depression of the 2020s*, Project Syndicate, 28/IV/2020.

(2) Solidaridad global frente a vulnerabilidad

Pero, ¿qué hay de nuevo en la pandemia del COVID-19? Creo que lo primero a destacar son dos experiencias globales, nuevas en cuanto experiencias, que han dado lugar a una fuerte sensación de inseguridad, y que a su vez conduce a buscar refugio en viejas pero conocidas y testadas instituciones.

Para comenzar, la evidencia de que la modernidad nos ha unido a todos. Si hasta hace poco la historia de la humanidad ha sido la de muchas y variadas sociedades/pueblos separados, encerrados en burbujas autoreferenciadas como mónadas leibnizianas, hoy es evidente lo que Terencio nos enseñó hace 2.000 años: que nada humano nos es ajeno. Seguimos pensándonos como una colección de países/Estados, y seguimos representando el mundo en los mapas como un *puzzle* de países/Estados cada uno con su color, su bandera y su capital. Pero ese filtro cognitivo es hoy una mistificación heredada del pasado y la modernidad nos ha unido a todos en una sociedad global, la primera conocida en la historia desde los orígenes en África hace 200.000 años.⁵

Y así, cuando hacíamos el inventario de cuestiones globales que nos unen y que saltan por encima del poder y las fronteras de los Estados (y como veíamos en la española Estrategia de Seguridad Nacional), junto al cambio climático, el riesgo de pandemias figuraba siempre. Mas de 1.000 millones de turistas y viajeros recorriendo el mundo aceleran los mecanismos de transmisión de cualquier virus en cuestión de horas. Pero se trataba de una idea, no una experiencia, que es lo radicalmente nuevo. Y si el cambio climático está siendo la primera experiencia global (al menos la primera percibida como tal), esta pandemia es la segunda, que muestra y visibiliza la unidad de la especie. Una experiencia global que debería llevar a una sensación de solidaridad también global en un marco de potente universalismo cosmopolita. La pandemia nos iguala a todos, pues todos estamos igualmente amenazados.

Y una segunda experiencia vinculada a la anterior: la de la vulnerabilidad de la misma especie. Esta es la segunda gran lección del COVID-19: la de la inseguridad radical. No es sólo el riesgo personal, pues la pandemia nos hace conscientes de que podemos desaparecer como especie, no por culpa nuestra, por riesgos socialmente producidos (nucleares, climáticos, o de otro orden, y recuerdo a Ulrich Beck y su *Risikogessellschaft*) de los que podríamos culparnos, sino por fenómenos naturales con los que ni contábamos ni podíamos contar. Al fin y al cabo, la humanidad es el resultado de una casualidad en el espacio-tiempo, que sin duda desaparecerá a consecuencia de otra casualidad. Evidencia para la especie tan indiscutible como la muerte para los individuos, y frente a la que tratamos de construir burbujas de seguridad y de certidumbre que calmen la ansiedad y angustia primordiales. Pero nada nos garantiza que un virus nuevo, una bacteria, un meteorito, no pueda acabar con la especie humana en cuestión de meses. Les ha ocurrido a otras muchas especies en el pasado y quién sabe si no también a otras muchas humanidades y civilizaciones en otros mundos posibles e ignorados. Pero, del mismo modo que olvidamos (“echamos en olvido” sería lo justo) nuestra propia muerte, olvidamos la certeza científica (de las pocas con que

⁵ Richard Haas (2019), *The World. A Brief Introduction*, Penguin Press.

contamos al 100%) de que tampoco la especie humana es eterna, como no lo es ninguna.

Se trata de dos aprendizajes (el de la unidad y el de la vulnerabilidad) que podrían e incluso deberían sumarse: la vulnerabilidad global debería llevar a la unión frente al peligro común, al universalismo y cosmopolitismo.

Me temo, sin embargo, que es más fácil que se resten, pues la reacción “natural” frente a la vulnerabilidad y el miedo es buscar refugio en lo conocido, en la tribu, la nación, la religión y las comunidades “naturales”, para blindarse, negando justamente la experiencia cosmopolita y, más bien, demonizando al “otro” como fuente del peligro. De modo que la inseguridad no sólo cancela el cosmopolitismo, sino que nos devuelve de lleno a los viejos particularismos. De hecho, es lo que está ocurriendo. Las sociedades se encogen sobre lo conocido como un caracol se encoge dentro de su concha para refugiarse del peligro. Y no olvidemos que seguridad es lo primero que exigen los ciudadanos de cualquier sistema político, antes de pedir prosperidad o libertad.

Lo vemos en los dos ganadores claros de este gran distribuidor de premios y castigos que es la pandemia. Falta perspectiva, sin duda, pero ante el vacío de gobernanza global (el gran perdedor), afloran dos instituciones que hace siglos proporcionan seguridad en última instancia: los Estados y las familias.

(3) Como un caracol en su concha: la familia y el Estado

Durante meses, los ciudadanos de medio mundo hemos vivido confinados en nuestros hogares, pero conectados a los medios de comunicación que nos trasladaban las instrucciones de los gobiernos, es decir, de los Estados. Y entre los hogares y los Estados, hemos estado encerrados, sin casi nada entremedias.

Así, la primera institución que sale claramente reforzada es la que siempre proporciona seguridad en última instancia: la familia, en sus más diversas formas. Recordemos que es la única institución conocida que se basa por completo en el principio del don y no en el de la reciprocidad, dispuesta siempre a dar sin pedir nada a cambio. Y por ello, cuando todo se desmorona, ya sea por causas colectivas (guerra, revolución o pestilencias), o por razones personales (ruina, enfermedad o incapacidad), sólo nos queda la viejísima institución del parentesco, y ya lo vimos con motivo de la Gran Recesión.

Lo que llamamos, despectivamente, “familismo” (a veces incluso tildado de “inmoral”) no es sino la respuesta natural –y nunca mejor dicho pues el parentesco es biológico antes que social– a un entorno de inseguridad y desconfianza. La familia no nos va a cobrar nada y nos va a dar cobijo y cobertura, nos va a blindar frente al infortunio. Una institución claramente reforzada ahora por otro de los ganadores de la pandemia: la digitalización, de la que hablaré más tarde, pero que nos invita a la reclusión y el confinamiento y la facilita.

Lo que pueda haber ocurrido entre las paredes de los hogares es variado y no todo bueno: fortalecimiento de la comunicación y de la unidad doméstica, violencia de género o violencia (siempre olvidada) sobre la infancia o, al contrario, oleada de embarazos y

nacimientos en nueve meses. En todo caso una mayor intensidad de interacciones y sentimientos cerrados en las cuatro paredes de los hogares, en la mayoría de los casos sin espacio vital y sometidos a una gran tensión psíquica. Una “hogarización” forzada (si se me permite la expresión, que en inglés tiene concepto: *cocooning*): encerrarse en la concha como una tortuga, las llamadas “burbujas familiares” que tan exitosas han sido en Nueva Zelanda.

Pero la segunda institución ganadora son los Estados justo cuando, como consecuencia de la globalización, estaban perdiendo relevancia. Hace bien poco creíamos (con Thomas Friedman y su *flat world*) que el mundo era plano y las fronteras (políticas o físicas) habían desaparecido. Pues bien, de pronto, ni siquiera el área Schengen ha aguantado el levantamiento de los viejos muros fronterizos, y la sociedad global se ha pegado sobre sus Estados, de nuevo como un caracol dentro de su concha.

Hay al menos dos razones para esa re-estatalización que, sospecho, es una de las más importantes consecuencias de la pandemia. De una parte, el fallo, la debilidad, del multilateralismo, de lo supra-estatal; y, de otra, la enorme fortaleza de los Estados, una fortaleza que descontamos y no sabemos valorar del todo.

Efectivamente, es de destacar la ineficiencia de los organismos multilaterales para hacer frente a la pandemia. Para comenzar, la ONU y el Consejo de Seguridad no lograron consensuar una resolución por el desacuerdo entre EEUU y China. Las decisiones tomadas por el G20 (presidido por Arabia Saudí) y por el FMI (moratorias en el pago de intereses por seis meses y solamente a los países más pobres), fue claramente insuficiente. El papel de la OMS, acusada de connivencia u ocultamiento, no ha salido tampoco reforzado. Tampoco el de la UE que, sin embargo, puede alegar que no tiene competencias en temas sanitarios, al menos claras (pues tiene suficientes si hubiera querido actuar).⁶ Un ejemplo clamoroso: ni la OMS ni la UE (ni tampoco el gobierno español) han sido capaces siquiera de elaborar un protocolo de contabilización de fallecidos o contagiados que permitiera datos comparables, de modo que hemos nadado en un mar de cifras, estadísticas y porcentajes casi kafkiano. El reflujó de la marea pone de manifiesto quién estaba desnudo, y algo similar ha ocurrido con las organizaciones internacionales que, de pronto, se revelan como instituciones zombis. De modo que pierde el multilateralismo que, como poco, debería de reinventarse en una nueva “gramática” (Macron). Y gana el unilateralismo de un mundo bi o multipolar, más hobbesiano y basado en relaciones de poder, que kantiano y basado en reglas. Volveré sobre ello también.

Por el contrario, se ha cumplido lo que Richard Haas llama la “obligación soberana”:⁷ quieran o no, los Estados son responsables ante la comunidad internacional de lo que ocurre en su territorio y con su población, y tienen que dar cuenta de ello, *ab intra* ante

⁶ Véase, por ejemplo, Juan Antonio Yáñez-Barnuevo (2020), “La UE y la pandemia de 2020: ¿qué ocurrió con la cláusula de solidaridad europea?”, *Comentario Elcano*, nº 32/2020, Real Instituto Elcano, 23/IX/2020, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/comentario-yanezbarnuevo-ue-y-pandemia-de-2020-que-ocurrio-con-clausula-de-solidaridad-europea.

⁷ Richard N. Haas (2017), “World Order 2.0. The case for sovereign obligation”, *Foreign Affairs*, enero/febrero.

su ciudadanía y *ab extra ante* la comunidad internacional, que se lo exige. De modo que el fallo del multilateralismo ha venido a reforzar la soberanía de los Estados justo cuando la globalización la estaba mermando.

La segunda razón de lo que creo es una poderosa re-estatalización del mundo radica en que sólo los Estados son capaces de movilizar con rapidez los inmensos recursos necesarios para hacer frente a la pandemia y la crisis económica posterior. Y reitero las ideas claves: movilizar, con rapidez, inmensos recursos.

Efectivamente, los Estados (y sólo los Estados) disponen de enormes recursos económicos a su disposición en todo momento; por ejemplo, si a la UE le cuesta movilizar el 1% de su PIB, los Estados pueden movilizar más del 50%. Y en un santiamén. Y lo han hecho. Según el FMI, los Estados han inyectado la descomunal cifra de 12 billones de dólares en empresas y familias.⁸ Según la OMC, los Estados han movilizado ayudas de diversa índole de más de 9 billones de dólares. Francia amplió su presupuesto por una cuantía equivalente al 4,5% del PIB y EEUU ya lleva aprobadas ayudas por un 10%.

Pero, además, los Estados tienen recursos políticos: una inmensa y entrenada burocracia y el control de la legislación. Tienen poder duro: gendarmes, policías y ejércitos. Y tienen poder blando: medios de comunicación y de propaganda.

No nos damos cuenta de la fuerza de los Estados hasta que las circunstancias nos obligan a recurrir a ellos. Hagan ustedes un ejercicio, lean un ejemplar de los boletines oficiales del Estado de cualquier país de cualquier día. Verán una catarata de decretos, reglamentos, licencias, autorizaciones, nombramientos y ceses. Todo lo regulan. ¿El 50% de la economía? Mentira, el 100%; pregunten a telefónicas, eléctricas, bancos, hospitales, residencias de ancianos, colegios privados, etc. Todo es regulado. Un BOE todos los días en todos los 193 países del mundo. Valoren ahora la inmensa burocracia que hay detrás, un ejército de funcionarios que realizan un inmenso trabajo técnico. Una tarea que es aceptada tanto por la población como por todos los otros Estados, de modo que nada iguala el poder del moderno Leviatán. Quien se apalanca en un Estado, controla un país, y no hay quien lo descabalque, ya sea Fidel Castro, Putin, Erdoğan o el chavismo. Y es evidente que la pandemia ha hecho necesario e inevitable el uso de todo ese poder.

Una tendencia reforzada por la posterior crisis económica, pues caminamos inevitablemente hacia una economía más estatalizada, con mayor intervención y control, inmensa deuda pública a su disposición, nacionalizaciones de empresas estratégicas, mayor fiscalidad y una renta universal o mínima vital (también inevitable), de modo que porcentajes crecientes de la población (incluso más del 50%) acaban en la nómina del Estado. Pensionistas, parados, dependientes y subsidiados, el Estado –no el mercado– vuelva a ser el gran redistribuidor de la renta nacional.

⁸ *El País*, 7/X/2020.

Añadamos a ese escenario poderes excepcionales o extraordinarios, estados de alarma o similares, también inevitables, que otorgan a los gobiernos una libertad de acción nueva debilitando o incluso anulando los controles parlamentarios.

Y añadamos finalmente las nuevas tecnologías de control de la población en lo que se ha llamado *surveillance capitalism*⁹ (erróneamente, pues es mayor en países no capitalistas), de gran eficacia para el seguimiento de la pandemia que, a su vez, debilita o anula los recelos frente a la vigilancia informática y el control de la privacidad.

En resumen: los Estados y sus gobiernos han ganado poder, tanto hacia adentro como hacia afuera. Y no podía ser de otro modo pues nadie podía sustituirlos.

Todo ello acentúa muy seriamente el riesgo de autoritarismo político. Pues la otra parte es una sociedad civil no sólo atemorizada sino también desperdigada y atomizada, incapaz de manifestarse o de agregarse por el confinamiento, que confronta un poder político muy reforzado, casi sin contrapesos, y que monopoliza el ágora pública, habla en solitario¹⁰ y dispone de nuevos y sofisticados instrumentos de control.

Lo confirma Freedom House en su reciente informe *Democracy under Lockdown*.¹¹ Basado en una encuesta de 398 expertos sobre 192 países realizada por la red global de analistas, este informe es el esfuerzo más profundo hasta la fecha para examinar la condición de la democracia durante la pandemia. Y afirma:

“Desde que comenzó el brote de coronavirus, la situación de la democracia y los derechos humanos ha empeorado en 80 países. Los gobiernos han respondido participando en abusos de poder, silenciando a sus críticos y debilitando o cerrando instituciones importantes, a menudo socavando los propios sistemas de rendición de cuentas necesarios para proteger la salud pública.... la pandemia de COVID-19 está exacerbando los 14 años de disminución consecutiva de la libertad.”

Y concluye: “Los hallazgos ilustran la amplitud y profundidad del asalto a la democracia”. Después de lo que fue la exitosa tercera ola de democratización mundial posterior a la caída de la URSS, entramos en más de una década de deterioro de la cantidad y la calidad de la democracia en el mundo; pues bien, la pandemia no augura una inflexión sino una aceleración en esta tendencia negativa. Es la primera de las variadas tendencias preexistentes que la pandemia ha venido a acelerar.

(4) Con cuatro consecuencias en el medio plazo

Junto al fortalecimiento del unilateralismo y la re-estatalización del mundo, la pandemia está reforzando y acelerando otras importantes tendencias sociales preexistentes. Veamos cuatro de estas consecuencias.

⁹ Shoshana Zuboff (2019), *The Age of Surveillance Capitalism*, Public Affairs.

¹⁰ Terribles imágenes las de un parlamento semivacío en el que media docena de personas hablan no se sabe bien a quien.

¹¹ <https://freedomhouse.org/report/special-report/2020/democracy-under-lockdown>, 4/X/2020.

(4.1) Crisis económica

Para comenzar, una brutal crisis económica generada que se solapa sobre la Gran Recesión, tanto por la caída radical de la demanda a consecuencia del confinamiento, como por la caída de la oferta a consecuencia de la ruptura del comercio global y, por lo tanto, de las cadenas globales de suministro, que han afectado a muchas empresas industriales o de servicios.

Se trata de la primera crisis económica verdaderamente global pues no lo fue la del 2008, que se cebó sólo con Europa y EEUU. Al contrario, hoy sabemos que el 85% de la economía internacional estuvo parada durante semanas y sólo 17 de los 190 países del FMI escaparán a la recesión en el año 2020 (entre ellos China). El PIB de la zona euro decrecerá un 8,3% en 2020, la de EEUU un 4,3% y la de Japón un 5,3%.

La suma de los dos *shocks* implica caídas bruscas del PIB (que en España se estima será superior al 10%), aumentos también bruscos del desempleo (que en España superará el 20% de la población activa) y, en consecuencia, incrementos del déficit (que en España será muy superior al 3% permitido, llegando al 10%) y de la deuda pública (que en España superará el 120% del PIB). Por vez primera en la historia conocida, la deuda pública agregada mundial superará al PIB del mundo. Y como ha señalado Kristalina Georgieva, directora del FMI, todo el mundo afronta lo que llama la “Larga Ascensión”, que será “larga, desigual, incierta, y proclive a los reveses”.¹² Es un escenario inusitado y jamás experimentado, cuya recuperación, que exigirá ingentes cantidades de liquidez, no será rápida (en V) sino en el mejor de los casos como una V asimétrica, quizá como una U, quizá como una K (con sectores que se recuperaran pronto), e incluso puede que como una L de incierta duración. Y que como todos los procesos de endeudamiento implican una transferencia generacional, desde los jóvenes (que serán los pagadores) a los adultos (que se benefician hoy), realidad que, con no poca frecuencia, es percibida de modo invertido.¹³

(4.2) Digitalización

Además de los Estados, un claro ganador con la pandemia es la digitalización, como consecuencia del forzado aprendizaje masivo en el uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), que ha obligado a una acelerada alfabetización digital en hogares y en organizaciones, tanto públicas como privadas.

Digitalización que se ha demostrado esencial para la sociabilidad vía las redes sociales en “hogares virtuales” conectados por Skype, Zoom o WhatsApp. Inevitable también para el ocio, que huye de espacios abiertos y se traslada a las plataformas como Netflix

¹² *El País*, 7/X/2020.

¹³ Una crisis que, comparativamente, afecta a España más que a otros países por diversas razones. Partimos de una posición inicial complicada con alto desempleo, mercado de trabajo distorsionado y alto nivel de deuda. La crisis sanitaria está siendo en España más profunda que en la mayoría de los países: nuestra fuerte dependencia del turismo, que tardará muchos meses en recuperarse pero es fundamental para el empleo y el PIB; la dependencia del comercio internacional de sectores importantes (como el automóvil); el predominio de las pymes, para las que la falta de liquidez deviene problema de solvencia y quiebras; y el envejecimiento de la población (en 2023 comienza la jubilación del *baby boom* español, lo que elevará más los costes de las pensiones y de la sanidad).

u otras. Inevitable también para el teleconsumo, mientras el pequeño comercio a pie de calle ha tenido que cerrar. Inevitable también para la educación en todos sus niveles, que ha pasado a ser *online*, una tendencia que no tiene marcha atrás y que puede revolucionar, por ejemplo, la educación superior.

Y finalmente –y sobre todo– ha forzado la generalización del teletrabajo, muy importante para trabajadores y empresas, que lo están interiorizando con consecuencias en las culturas empresariales, el modo de hacer negocios, el transporte y la movilidad urbana, las pautas residenciales y la vivienda. Un teletrabajo que facilita la conciliación con la paternidad/maternidad, pero no sin crear problemas domésticos. Según el Banco de España, antes de la pandemia teletrabajaban sólo el 8% de los españoles, pero estima que podrían hacerlo hasta un 30% como ocurre en los países nórdicos, porcentaje que sube al 50% entre los titulados superiores, y a más del 60% en ciertas actividades (financieras, inmobiliarias, educación, información e incluso las consultas médicas).

Incluso en el debatido tema del control social a través de la Inteligencia Artificial y del Internet de las Cosas, buena parte de las barreras sociales tienden a suavizarse por exigencias sanitarias, a costa de la privacidad. De nuevo la conexión entre más digitalización y más Estado es preocupante y debemos vigilarla, pues puede conducir al mayor de los autoritarismos, y ya lo está haciendo en China. Contexto en el que es relevante también la desaparición progresiva del efectivo en todo tipo de transacciones monetarias, con consecuencias importantes sobre el control público de los flujos y de la economía sumergida, añadiendo más instrumentos a la panoplia de nuevos poderes de los Estados.

(4.3) Desglobalización limitada

La globalización es a largo plazo un fenómeno probablemente imparable y, sin duda, el más importante de las últimas décadas. Ha tejido el mundo todo, no sólo la economía o las finanzas o el comercio, sino también las poblaciones, la cultura, las religiones, la ciencia y la moda, como una unidad. Pero tiene un grave problema: se han globalizado las sociedades (al menos muchas), pero no los gobiernos, de modo que, como ha dicho hace poco Antonio Guterres, tenemos un superávit de problemas multilaterales, pero un déficit de soluciones multilaterales.

Es más, a medida que ha avanzado la globalización, más y más cuestiones se escapaban del control de los Estados y quedaban relegadas al desgobierno. Globalización y desgobierno van casi de la mano.

Lo sabíamos hace tiempo y lo hemos experimentado en carne propia, primero con el cambio climático y ahora con la pandemia. Por eso la globalización ya tenía problemas y empezaba a ralentizarse antes de la pandemia. Como muestra Carmen Reinhart, economista jefe del Banco Mundial¹⁴ entre 2008 y 2018, el crecimiento del comercio global se frenó a la mitad con respecto a los 10 años anteriores. Alcanzó un máximo en 2010 y desde entonces no ha parado de bajar. ¿Por qué? Muchas razones. El neoproteccionismo de algunos grandes países, sobre todo EEUU bajo la Administración

¹⁴ Carmen Reinhart (2020), "The pandemic depression", *Foreign Affairs*, septiembre-octubre.

Trump, que liquidó los dos grandes proyectos de áreas de libre comercio Trans-atlántico y Trans-pacífico y rechaza a la OMC; la guerra comercial y tecnológica con China, país que está aprovechando la oportunidad (al igual que Rusia o Turquía); el neonacionalismo económico de otros países; el hecho de que los salarios tienden a homogeneizarse y hay menos razones para la relocalización; y cadenas de suministro demasiado largas y vulnerables –por ejemplo, hay unos 180 productos comercializados clave en los que un único país copa el 70% de su exportación–. Todo eso estaba ya ocurriendo antes de la pandemia.

Pero, de entrada, es evidente que lo más opuesto a la globalización es el confinamiento con su derivada de fronteras cerradas y aislamiento total. Si la globalización es la interconexión, la pandemia y el distanciamiento social son justo lo contrario. Por ello, Guy Sorman ha tildado al COVID-19 como “el virus de la desglobalización”.¹⁵

Y, efectivamente, la OMC prevé una caída del comercio este año de entre el 13% y el 32%. Y si nos vamos al Batic Dry Index, éste medía 2.500 puntos en septiembre del 2019, pero bajó brutalmente a menos de 500 de marzo a junio de 2020. Una vez más, cientos de cargueros fondeados en bahías y ensenadas. Y otro tanto la inversión: la UNCTAD prevé que los flujos globales de inversión extranjera directa se reduzcan este año en un 40%, lo que los situaría por vez primera desde 2005 por debajo del billón de dólares.¹⁶

Pero la pandemia es un acelerador tanto o más que un *game changer* y puede que lo sea sólo parcialmente, y sólo temporalmente. Como ha escrito Josep Borrell,

“... esta pandemia no significará el fin de la globalización. Pero pondrá en cuestión algunas de sus modalidades y de sus presupuestos ideológicos, en particular, el famoso tríptico neoliberal: apertura de los mercados, retroceso del Estado y privatizaciones. Este cuestionamiento ya había empezado antes de que estallara la crisis. Se acentuará después de ella”.¹⁷

Efectivamente, “la *pandemia*”–escribe Roubini–...

“... está acelerando las tendencias hacia la balcanización y la fragmentación que ya estaban en marcha. Estados Unidos y China se desacoplarán más rápido, y la mayoría de los países responderán adoptando políticas aún más proteccionistas para proteger a las empresas y trabajadores nacionales de las perturbaciones globales. El mundo posterior a la pandemia estará marcado por restricciones más estrictas sobre el movimiento de bienes, servicios, capital, trabajo, tecnología, datos e información”.¹⁸

¹⁵ ABC, 9/III/2020.

¹⁶ <https://unctad.org/en/pages/newsdetails.aspx?OriginalVersionID=23960>, 4/X/2020.

¹⁷ J. Borrell (2020), “The post-coronavirus world is already here”, *Politique Étrangère*, vol. 85, n° 2, IFRI, verano.

¹⁸ Roubini (2020), *op. cit.*

Gana claramente la *relocalización (reshoring)*, acortando las cadenas de producción, y ello por dos razones.

De una parte, la importancia (redescubierta) de empresas y suministros estratégicos que los Estados ya no van a confiar a otros países. El 40% de los antibióticos importados por Alemania, Francia e Italia provienen de China, que produce el 90% de la penicilina que se consume en el mundo, mientras Europa no produce un solo gramo de paracetamol. No es algo aceptable. Pero no sólo en temas sanitarios, por supuesto. También en cuestiones como suficiencia alimentaria, energética y de (ciber) seguridad, o en tecnologías del futuro como baterías y 5G, sin olvidar la biotecnología. Es un *nuevo nacionalismo económico*, un nuevo proteccionismo, que es ya no sólo de aranceles a la importación sino también de limitaciones a la exportación, desde los microprocesadores estadounidenses a China, a las llamadas tierras raras de ésta.¹⁹ Un país como Japón, en absoluto sospechoso de proteccionismo, ha puesto en marcha un plan para retirar empresas japonesas implantadas en China y trasladarlas bien al mismo Japón, bien a otros países asiáticos.

Pero no sólo los Estados, también las empresas han descubierto el riesgo de cadenas de producción largas y complejas, muy vulnerables. De modo que, frente a ramificadas cadenas globales se tenderá a conexiones más próximas, probablemente regionales (*near-shoring*). Pensemos que los salarios globales se han armonizado (hoy los salarios en Portugal son iguales a los de la costa este de China).

Y añadamos el impacto de la impresión 3D, que en muchos casos permite importar programas informáticos en lugar de piezas.

Todo ello debilitará el comercio mundial, marítimo sobre todo, pero puede reforzar las grandes áreas metropolitanas ya existentes como *hubs* regionales de producción, que es la verdadera estructura profunda del mundo: grandes áreas metropolitanas conectadas de mil modos, marginando como *outsiders* al resto. China, sobre todo, puede sufrir como consecuencia de esta relocalización, y sin duda tenderá a centrarse más en Asia y en su mercado interno a costa del ambicioso proyecto de la nueva Ruta de la Seda (OBOR). Mientras, otros países (México y el Magreb, por ejemplo) pueden ganar en relación con la producción de países vecinos (EEUU o la UE, respectivamente).

Pero cuidado: la *desglobalización* puede que lo sea sólo parcialmente, y sólo temporalmente.²⁰ El Economist Intelligence Unit asegura que está *down but not out*. Como ha escrito Borrell, “esta pandemia no significará el fin de la globalización. Pero pondrá en cuestión algunas de sus modalidades y de sus presupuestos”. Y, efectivamente, hay al menos tres tendencias a considerar:

¹⁹ Mireya Solís (2020), “The post COVID-19 world: economic nationalism triumphant?”, *Brookings*, 10/VII/2020.

²⁰ Henry Farrell y Abraham Newman (2020), “Will the coronavirus end globalization as we know it? The pandemic is exposing market vulnerabilities no one knew existed”, *Foreign Affairs*, 16/III/2020.

- (1) La crisis ha puesto de manifiesto la necesidad (no ya la conveniencia) de globalizar los *public goods* como son la salud y el clima, con todo lo que ello conlleva (desde transporte aéreo o suministros sanitarios a transición energética), de modo que aparecen nuevos espacios de globalización positiva.
- (2) La generalización del teletrabajo. Todas aquellas actividades que se pueden teletrabajar van a verse reforzadas, y ello camina en el sentido de la globalización; la India puede verse beneficiada frente a China.
- (3) Finalmente, la propia lógica de la economía hace rentables cadenas de valor y *free trade*, de modo que se conservarán muchas y aparecerán otras nuevas. Así, un reciente informe del European Centre for the International Political Economy afirma que “aunque la crisis del COVID-19 ha experimentado una caída dramática en el comercio, las inversiones y el movimiento de personas, está surgiendo... una ‘nueva globalización’ (que) se basa en servicios digitales, investigación y desarrollo, datos, ideas y otros intangibles.”²¹

El comercio de servicios representa ahora entre el 20% y el 25% del comercio total, y ha crecido más rápido que el comercio de bienes. La difusión del conocimiento se ha multiplicado por 1,4 en la última década y las empresas multinacionales están ampliando drásticamente sus esfuerzos para construir nuevos centros de I + D en todo el mundo. Los flujos de datos mundiales han crecido exponencialmente y el comercio de servicios de información, aunque todavía pequeño, ahora también está llegando al mundo en desarrollo.

¿Cómo serán las nuevas cadenas de valor? Como he señalado antes, más cortas, más próximas (*near-shoring*) y más resilientes,²² lo que implica volver a traer algunas producciones a casa (*reshoring*). También más diversificadas, en las que las nuevas economías emergentes pesarán más; según el informe del McKinsey Global Institute (MGI), un 26% de las exportaciones globales de bienes podrían desplazarse a nuevos países en los próximos cinco años. Pero, sobre todo, más digitales y menos físicas, más inmateriales.

En resumen, mayor globalización en la producción inmaterial y menor en la material, que tenderá a concentrarse en áreas geográficas próximas. En todo caso, se hace necesario repensar la globalización para poder proteger actividades y sectores claves, sin por ello volvernos proteccionistas, generando oleadas de cierres que acaban retornando como un bumerang.

(4.4) Desigualdad y pobreza

Finalmente, todo ello viene a profundizar la dualización social, consecuencia ya en marcha de la globalización. Todo lo que une, separa, y la globalización ha unido el mundo (ciertos mundos), pero al tiempo lo ha separado internamente. De modo que las sociedades nacionales se han dualizado, dividiéndose entre una minoría urbana

²¹ Erik van der Marel (2020), “Globalization isn’t in decline: it’s changing”, ECIPE, agosto.

²² Véase “Risk, resilience, and rebalancing in global value chains”, McKinsey & Co, 6/VIII/2020.

conectada en cadenas de producción y de información transnacionales, y los demás, los *left behind*, los abandonados. De una parte, una elite cosmopolita, metropolitana, que habla idiomas, es políticamente correcta, tiene buena educación y buenos salarios. Y, de otra, los territorializados, sin estudios, con malos y precarios empleos, en sectores en decadencia, políticamente incorrectos, frecuentemente rurales, en todo caso marginales, *outsiders* a la red mundial.

Pues bien, la brutal crisis económica derivada de la pandemia acentúa esa dualización. Pierden su empleo los trabajadores de sectores informales (economía sumergida), que son la inmensa mayoría en Latinoamérica o África; pierden los trabajadores de los servicios personales (hostelería, restauración, comercio) y los inmigrantes, todos ellos poco cualificados y con empleos temporales. Y pierden doblemente: en el corto plazo porque se quedan sin trabajo, pero en el medio porque muchas actividades se van a digitalizar, como es el pequeño comercio de calle, el ocio o incluso la restauración.

Y, por el contrario, ganan todos aquellos que pueden teletrabajar, que son educados. Alguna investigación reciente muestra que mientras que el 47% de los titulados superiores pueden trabajar desde su domicilio, sólo el 6% de los no cualificados puede hacerlo.²³ Otra señala que el 37% de los puestos de trabajo de EEUU pueden realizarse desde el domicilio, pero ese porcentaje varía mucho por sectores (finanzas, seguros) y países, subiendo al 40% en Suecia y el Reino Unido, pero bajando al 25% en México y Turquía²⁴ y en todos aquellos países (como los latinoamericanos y los africanos) con una importante economía informal “de calle” (de hasta el 40%).

De ahí la enorme importancia que adquiere ahora la brecha digital, es decir, el acceso a las TIC, que sigue siendo desigual y hoy dificulta tanto el acceso a la educación como el acceso al trabajo (por no mencionar el acceso al ocio y a la información).

Es más, la relocalización, que podría pensarse va a generar empleo, al cambiar puestos de trabajo en países con bajos salarios a otros con salarios altos, va a incentivar la automatización, generando aún mayor desempleo en trabajos no cualificados. Y los grupos más perjudicados son, de nuevo, los ya afectados por la Gran Recesión: los jóvenes, de una parte, y las mujeres, de otra, especialmente las segundas, dando lugar a una feminización de la pobreza (que implica una infantilización de la pobreza). Pensemos que, normalmente, las mujeres llevan a cabo tres veces más trabajo doméstico no remunerado que los hombres, pero, a consecuencia de la pandemia, el trabajo no remunerado ha aumentado y muy especialmente en los llamados hogares monoparentales (el 85% de los cuales son más bien “monomaternales”).

El resultado es que no sólo se acrecienta la ya brutal desigualdad sino la misma pobreza, que llevaba décadas reduciéndose paulatinamente. Según el Banco Mundial pasará del 8,4% al 9,1%, es decir, un aumento de unos 100 millones de personas, en la mayoría

²³ C. McCurdy y M. Gustafsson (2020), “Risky business: economic impacts of the coronavirus crisis on different groups of workers”, *Resolution Foundation*, abril.

²⁴ Jonathan I. Dingel y Brent Neiman (2020), “How many jobs can be done at home?”, *Working Paper*, nº 26.948, NBER, abril.

de los casos en países de renta media y en las grandes ciudades, es decir, asalariados/parados del sector informal de países emergentes.

De modo que, si ya desde la Gran Recesión se viene solicitando un nuevo “contrato social” que suture las diferencias salariales, al igual que se hizo en la segunda posguerra, esa necesidad es mucho más urgente hoy, y exigirá mayor gasto, mayores impuestos y la puesta en marcha (al menos temporal) de sistemas de rentas universales o, al menos, de rentas mínimas, como están haciendo ya muchos países.

(5) Y una poderosa aceleración geopolítica

¿Qué consecuencias tienen estas tendencias en el escenario internacional y a más largo plazo? Sin duda, acelerar tendencias estructurales que se llevan manifestando desde hace décadas.

Tomemos perspectiva. Y si lo hacemos, veremos que estamos en el “pico de la curva”, el punto de inflexión, del tránsito de un mundo eurocéntrico y occidentalocéntrico, a un mundo centrado en Asia, que cancela definitivamente el predominio europeo (su hegemonía). Una hegemonía que comenzó con las grandes navegaciones de altura (los *Iberian pioneers*, como los denominó Toynbee) españolas y portuguesas, continua con la Revolución científica del XVII y la industrial del XIX, alcanza su cumbre a comienzos del siglo pasado, pero comienza a involucionar con las dos Guerras Mundiales (guerras civiles europeas, suicidio de Europa), que dan lugar a una descolonización (la de los imperios europeos), pero a una nueva colonización: la de la misma Europa, por dos potencias extraeuropeas, EEUU y Rusia. Y comienza así la emergencia de los nuevos países, a finales del pasado siglo, que estalla en este, y que continuará. Podemos fijar una fecha simbólica del “pico de la curva” en abril de 2014 cuando el *Financial Times* publicó en su portada que ese mismo año la economía China, medida en PPA, superaría a la de EEUU.

Y desde entonces el mundo “pivota” hacia Asia, término que utilizaron Barack Obama y Hillary Clinton para aludir al giro estratégico de EEUU, desde el Atlántico (y Europa) al Pacífico (y China). Inaugurando así un nuevo juego estratégico entre una potencia declinante –EEUU– y una potencia emergente –China– (la llamada Trampa de Tucídides), vector geoestratégico que articula el mundo y que deja a Europa de lado. Y del que el presidente Trump es al tiempo causa y efecto. La totalidad de África y buena parte de Latinoamérica y el Caribe han pivotado también hacia China desde el punto de vista económico y comercial. Mientras, Europa vacila, pues no quiere ni puede abandonar a EEUU, pero tampoco puede ningunear a China.

Todo esto estaba todo ocurriendo ya antes de la pandemia, pero ésta lo acelera.

Para comenzar, porque la pandemia no ha sido el Chernóbil de China. Y no tanto porque gane ella, sino porque pierde EEUU y el poder es siempre relativo y un juego de suma cero. Como ha escrito Martin Wolff, “la percepción de la incompetencia americana mina su credibilidad y envalentona a la autocrática China”.²⁵ Es cierto que los estudios del Pew Research Center ponen de manifiesto que la imagen de China se ha deteriorado; más de dos de cada tres ciudadanos del mundo entrevistados piensan que ha hecho un mal trabajo en la gestión del coronavirus. Pero nada menos que un 85% piensan que EEUU lo ha hecho mal, de modo que su imagen se ha hundido. Y China es ya percibida como el país líder de la economía mundial por delante de EEUU (un 48% frente a un 35%).²⁶ China gana algo que no tenía, que es *soft power*, ha ganado “el relato”, aunque pueda que no se lo merezca, y a pesar de los intentos de Trump de estropearlo. EEUU sí ha perdido el relato, lamentablemente, abandonando por completo cualquier atisbo de liderazgo global, hasta el punto de que Trump, que iba a ganar claramente las próximas elecciones, ha acabado perdiéndolas.

Pero además, China ha conseguido controlar la pandemia de un modo que asombra al mundo, y eso tiene muy importantes repercusiones económicas. El Instituto Financiero Internacional (IIF) prevé que China crecerá este año un 2,2%, comparado con el G3 (EEUU, la UE y Japón), que verá su PIB caer un 5,3%. Y si se cumplen sus previsiones, el PIB de China crecerá el año próximo un 8,5%, mientras que el G3 no se recuperará hasta 2022. La brecha entre China y el mundo desarrollado se está cerrando a toda velocidad. En ello tiene mucho que ver la reorientación de la economía china hacia el mercado interno, más que a la exportación y, por supuesto, la caída del precio de las materias primas, de las que es muy dependiente. Y esa rápida recuperación abre una ventana de oportunidad repleta de posibilidades para las empresas chinas, que pueden atacar a debilitadas empresas occidentales.

En segundo lugar, gana también Asia en su conjunto, mientras pierde Europa. Efectivamente, Corea, Japón, Taiwán y Singapur, por no mencionar Nueva Zelanda, han gestionado la pandemia de modo mucho más eficiente y con menor coste que Italia, España, Francia e incluso el Reino Unido. Y Asia gana en dos sentidos. Gana culturalmente, pues el colectivismo asiático –acreditado por las *World Values Surveys* y otras investigaciones– parece mostrarse más eficiente que el individualismo occidental. Y gana, sobre todo, por las consecuencias económicas que eso va a tener, pues al igual que China, Asia, que ha sufrido menos, se está recuperando antes, lo que le proporciona una ventaja estratégica que puede aprovechar los bajos precios de los activos occidentales. La reciente firma del tratado de Asociación Económica Integral Regional, que crea un área comercial y económica asiática con más de 2.000 millones de personas incluyendo 13 países asiáticos y dos de Oceanía, entre ellos las grandes economías (China, Japón y Corea del Sur, aunque no la India), es una muestra de ese dinamismo asiático, saludado por el diario *El País* como “un momento histórico en la desoccidentalización del mundo y el ascenso de Asia”.²⁷

²⁵ Martin Wolff (2020), “China-US rivalry and threats to globalization recall ominous past”, *Financial Times*, 27/V/2020.

²⁶ *La Vanguardia*, 7/X/2020.

²⁷ *El País*, 17/XI/2020.

Mientras, Rusia, que es una potencia sobrevalorada (“potencia regional”, como dijo Obama para gran enfado de Putin), no desaprovecha la oportunidad para abrirse camino en el espacio vacío que deja el veto mutuo entre China y EEUU. Ciertamente, es un árbol demasiado frondoso para tan escasas raíces (como decía Francis Bacon del Imperio español). Rusia es un país con enormes debilidades: una demografía casi catastrófica y un PIB similar al de Italia, pero con 140 millones de habitantes (y una desigualdad escandalosa), todo ello dependiendo del precio que los mercados marquen al gas y el petróleo. La crisis del petróleo del 2020 (caída brusca de la demanda e incapacidad del *lobby* para reducir la oferta) hunde sus escasos recursos con el precio del barril por debajo de 40 dólares (algo que, por cierto, afecta a todos los petro-Estados, como Irán, Arabia Saudí y Venezuela). Pero si no puede ser un león (como desearía) sí sabe ser un zorro, y sabe aprovechar los despistes y vacíos de EEUU o de la UE para hacer avanzar sus posiciones tanto en su frontera occidental como en el Mediterráneo, en América Latina e incluso en África.

Finalmente, la pandemia ha afectado duramente a la UE para dejar claro que fue un sueño lo que en su momento (crisis de Irak de 2004) creyó posible: que podía ser una alternativa *soft* a la hegemonía norteamericana, una potencia herbívora y kantiana frente a la amenazante y hobbesiana potencia norteamericana. No va a serlo, porque no puede, y además porque no quiere, no tiene esa ambición. La UE puede ser un actor, y lo es sin duda, pero mediando entre EEUU y China, haciendo de hombre bueno, *go-between*. Pero cuidado: comprendiendo a China y frenando a EEUU, pero siempre al lado de los norteamericanos. En el fondo, si EEUU es el policía malo, la UE es el policía bueno.

La UE ha sido un gran éxito histórico, pero desde al menos el año 2004 se le acumula una crisis tras otra. No había acabado de digerir la ampliación (malestar que se hace evidente en Hungría y Polonia) y, tras el fracaso del nonato Tratado Constitucional (rechazado por Francia y los Países Bajos), se enfrenta a la Gran Recesión, tras ella a la crisis de los refugiados, luego al Brexit y, finalmente, a la pandemia. Todo ello le lleva a perder *momentum*, inercia positiva, y las tensiones, dudas y recelos internos se aceleran. Añadamos el confuso papel de la UE en la lucha contra el virus, pues no tiene competencias. Y si la UE se define por sus tres “pilares” (el mercado único y la libre circulación; el euro y el Pacto de Estabilidad y Crecimiento; y la ley de competencia y ayudas estatales), los tres están siendo sacudidos por la pandemia con tres consecuencias.

Una respuesta inicial de agresivo neonacionalismo con cierre de fronteras Schengen, requisas de material y falta de solidaridad fronteriza. La reacción “natural” es un regreso al Estado, a la soberanía, y no a la solidaridad.

En segundo lugar, la re-estatalización refuerza la tendencia (“natural” e histórica) a hacer de la UE una unión de Estados y no una fusión de soberanías, a regresar a una Federación de Estados-Nación (como quería Jean Monnet). Carácter interestatal que debilita la Comisión y potencia al Consejo, al tiempo que margina al Parlamento. Más que una fusión de soberanías –que es su sello distintivo– regresa a una unión o pacto de Estados soberanos. Y la sentencia del Tribunal Constitucional alemán arrogándose la competencia de guardián de los tratados es una prueba más de ese retorno a la

soberanía nacional/estatal de modo que, más que un acto jurídico *ultra vires* (que probablemente lo es), es un verdadero *exit* constitucional, una salida del orden jurídico europeo, que lo cancela y lo disgrega, una muestra extremadamente preocupante de nacionalismo jurídico en el país más importante de la UE.

Finalmente, y desde el punto de vista económico, la pandemia es un *shock* simétrico, pero con fuerte impacto asimétrico. El sur depende más del turismo, de los servicios y del ocio y tiene un sector informal más extenso; está mucho más endeudado; está más envejecido; y el teletrabajo está más extendido en el norte. De modo que la economía del Norte sufre menos y se recupera antes. Todo ello acentúa la diferencia Norte-Sur, que ya se arrastraba desde la Gran Recesión, y el norte ve un serio riesgo moral en ayudar al sur, mientras este insiste en la necesidad de mutualizar la deuda, lo que es rechazado radicalmente por los países llamados “frugales”.

Es cierto que el programa económico del Plan de Reconstrucción *Next Generation EU*, por un importe enorme, de 750.000 millones, más la barra libre del BCE, son un gran paso adelante, aunque está lejos de representar el “momento hamiltoniano” que muchos esperábamos. Y está por ver cuándo y con qué condiciones se librarán esos fondos, pendientes de la ratificación de los parlamentos nacionales (y del veto de Polonia y Hungría). En todo caso, es la gran oportunidad para que la UE dé un salto federalizador, en línea con el espíritu fundacional.

Finalmente, Latinoamérica, al igual que África, muestra sus debilidades una vez más. Y a la generalizada crisis política y económica, que ya vivía, se une la sanitaria con un efecto devastador. Si América Latina supone el 7% de la población mundial, es el 26% de los infectados del mundo. La pandemia ha caído sobre América Latina en un ciclo que ya era negativo debido a la caída del precio de las materias primas, que el *shock* global de demanda no ha hecho sino fortalecer, de modo que se espera una caída del PIB superior al 9%, la peor cifra desde que hay datos hace 120 años y que será mayor en los países productores de petróleo, como Venezuela, Ecuador, México y Brasil. América Latina parte, además, de un fuerte endeudamiento, de modo que el pago de intereses ha pasado del 1,7% del PIB en 2010 al 2,6% en 2019. A lo que hay que añadir la enorme fuga de capitales que ha experimentado la región desde que ha estallado la pandemia, la presencia de una fuerte economía informal (en México el 56% y en Perú el 70%), el descenso de las remesas de emigrantes y la persistencia de Estados débiles con sistemas sanitarios muy deficientes y sistemas fiscales insuficientes y carentes de mecanismos de transferencias de renta. De modo que la pobreza crecerá en 7 puntos, del 30% al 37%, hasta 240 millones de personas, de los que 33 millones habrán descendido de la clase media a la pobreza, generando una inmensa frustración de expectativas que es, lo sabemos, el caldo de cultivo del malestar social.

En resumen, y para concluir, la pandemia refuerza una aceleración poderosa de tendencias ya conocidas, pero que llevan a un mundo más centrado en Asia, más inestable políticamente, tanto dentro como fuera de los Estados/países, y más desigual e injusto económicamente. Un acontecimiento desgraciado como la pandemia no podía tener consecuencias positivas. El resultado es un mundo sin liderazgo cuando su unidad lo exige en mayor grado. Bien porque ya no quieren (EEUU), porque no pueden (UE) o porque aún no lo desean (China), lo cierto es que la brecha entre la demanda de

liderazgo global y la oferta no hace sino agrandarse. Primero fue la globalización económica, tras ella la política y social, ahora son el clima y las pandemias, pero las crisis globales se aceleran sin encontrar respuesta. No es, ciertamente un escenario optimista en este turbulento comienzo del siglo XXI.